

Ficciones del crimen

Ana Santillán

En 1841, Edgar Allan Poe escribió *Los crímenes de la calle Morgue* y con este relato inauguró un nuevo género: el policial. A pesar de que el policial es un género de aparición reciente, la literatura no debió esperar al siglo XIX para hablar de crímenes, enigmas y misterios. De hecho, se podría trazar un recorrido de estos temas en la historia de la literatura y tendríamos como resultado un compendio de las distintas figuras del mal y su tratamiento en cada contexto.

Entonces, ¿por qué vale la pena detenerse en el género policial? En primer lugar, porque este género es una buena entrada para pensar las transformaciones del lazo social en la modernidad, y también, quizás, para realizar una arqueología de los problemas actuales. En segundo lugar, porque en este tipo de relatos se construye de modo interesante la articulación entre ficción y verdad.

El crimen que inaugura la literatura policial es, entonces, el de la calle Morgue. Se trata de un crimen en una habitación cerrada desde adentro. Una madre y su hija son asesinadas en un barrio burgués de París. En la habitación cerrada se encuentra dinero y objetos de valor esparcidos por el suelo.

Al detective, Charles Auguste Dupin, le basta con leer la noticia del crimen en un periódico para encontrar una primera clave para la solución del misterio. Los vecinos de la calle Morgue, todos ellos extranjeros, oyeron voces que provenían de la habitación cerrada. Las voces hablaban a su vez en otra lengua, que los vecinos no pudieron identificar. Voces extranjeras, voces extrañas para el otro. Una nueva noticia en el periódico le da a Dupin la segunda clave: la llegada de un circo a la ciudad y la fuga de un gorila. Finalmente, el enigma y su tensión se resuelven en la figura de lo monstruoso, que liga el mal a la animalidad y a lo irracional.

Como resultado, Poe inventa un nuevo modelo de relato, e inventa también al primer detective de la literatura: Charles Auguste Dupin. El detective es la pieza clave del relato policial. Se trata de un lector, un lector de enigmas. Lleva sobre sí la tensión entre el saber y la verdad. Esta tensión encuentra una resolución en procedimientos racionales. La figura del detective encarna el triunfo de la razón (herencia del siglo XVIII, el Siglo de las Luces) y, a la vez, el gusto por lo misterioso y lo irracional (herencia del Romanticismo).

Un factor determinante en la invención del género policial es el contexto. Este contexto es la modernidad: la época del desarrollo del capitalismo, del surgimiento de las grandes ciudades y la cultura de masas. Por lo tanto, existe una correspondencia entre el origen del discurso del capitalismo y el origen del relato policial. Es decir, una correspondencia entre texto y contexto.

El escenario de los relatos policiales es la gran ciudad. Poe, un escritor estadounidense, elige la ciudad de París. A su vez, las ciudades, como consecuencia del desarrollo del capitalismo, se transforman en el escenario habitado por una multitud anónima, un espacio en el que la burguesía pujante y enriquecida se ve amenazada por una oleada de inmigrantes. Estos inmigrantes, a su vez, constituyen una nueva clase asalariada, y sometida a un continuo empobrecimiento.

Las tensiones entre estas clases producen un quiebre, y dan lugar a una nueva configuración del lazo social. De allí surge una necesidad de control, de inspección y de registro.

La ciencia aporta los instrumentos para la vigilancia y la prevención: estadísticas, procesos de identificación, construcción de patrones cuyo fin es la normalización. La ciencia se pone al servicio de la nueva preocupación: la seguridad de la vida y de la propiedad privada. Es decir: al servicio de las necesidades de la floreciente burguesía. Una burguesía que, como ya se ha dicho, se siente amenazada.

En las grandes ciudades cada uno se encuentra rodeado de una multitud de semejantes y es un desconocido para el otro. El semejante, ese inquietante extraño, tan próximo, tan familiar y ajeno a la vez, muestra, de manera privilegiada, el modo en el que el otro se convierte en una fuente de hostilidad o en una posible amenaza. La función del otro pasa a ser la de enmascarar el mal que habita en cada uno.

¿No es acaso una ironía por parte de Poe que el crimen del primer relato policial ocurra en una habitación cerrada? ¿No es también una ironía que la habitación esté rodeada por una serie de voces que son diversas, plurales, extranjeras? Si en aquello que es extranjero está el peligro, y en el encierro está la protección, ¿no afirma entonces *Los crímenes de la calle Morgue* lo contrario, es decir, que el peligro puede habitar en el encierro, y que lo más extranjero puede habitar en el espacio más íntimo?

Dupin es un personaje a quien le resultan extrañas las costumbres de su época. Es un aristócrata venido a menos, un hombre de letras, extravagante, célibe; un hombre que se mantiene al margen. Es, también, un *flâneur*, un paseante, alguien que recorre las calles de la ciudad. Por medio de la figura de Dupin, Poe satiriza los ideales de la época, desafía la moral burguesa y ridiculiza los rasgos singulares de la modernidad.

El relato policial mantiene una relación a la verdad, en tanto que devela aquello que está velado en el lazo social de la época. Por eso, si se considera la verdad tal como la conceptualiza Jacques Lacan, es decir, “la verdad, en la medida en que su lugar solo podría ser aquel donde se produce la palabra, tiene estructura de ficción”, entonces se puede afirmar que Poe, a su manera, en sus relatos, sus *ficciones*, es un lector privilegiado de las otras ficciones: las de su época.¹

Las referencias de lectura de este texto son las siguientes. Piglia, Ricardo; *El último lector*; Anagrama, 2005. Kracauer, S; *La novela policial. Un tratado filosófico*; Paidós, 2010. Borges, J.L. y Bioy Casares, A.; “Prólogo” a *Los mejores cuentos policiales*; Alianza, 2002. Borges, J.L.; “Sobre el cuento policial”, en *Borges oral*; Alianza, 1998. Benjamin, W., varios textos.